

cuando éste llegue para tomar posesión de su reino, le dará una recompensa real por los servicios que le haya prestado.

En verdad que nuestra voluntad tiene una vocación naturalmente propia para suscitar en ella los mayores entusiasmos. Jamás ha tenido ningún príncipe tanta confianza con un caballero, como ha tenido Dios con la voluntad al darle tan importante cargo. Jamás ha habido hombre de Estado alguno encargado de velar por un reino tan magnífico y de tan gran valor á los ojos del Rey de cielos y tierra. Jamás ha tocado á un general, que ha cumplido enérgicamente con sus deberes, premio de victoria tan sublime como el reservado á la voluntad que ha llegado al término de sus combates: el reconocimiento y la recompensa de un Rey Todopoderoso.

CONFERENCIA XX

LUCHA CONTRA LA MEDIANÍA

1. **La medianía y la tibieza son en cierto sentido peores que la malicia completa.**—La Edad Media, cuya energía y sed de actividad eran tan considerables, no conoció expresión más ignominiosa para el hombre que decir de él: «Anda descaminado». Se quería decir que en el camino de la vida se había dejado encadenar por los lazos de la sensualidad ó de cualquier otra pasión, perdiendo así un tiempo precioso, mientras que, siguiendo alegres y contentos la marcha, llegaban los otros al fin. Como indeleble vergüenza se consideraba en aquella época quedarse á mitad de un viaje comenzado, ó dejar sin acabar la obra á que se había dado principio. En general, era menos deshonroso no comenzarla. De este modo dejaba hablar la Edad Media á la naturaleza no corrompida.

Es para nosotros espectáculo tristísimo ver á un héroe como Sansón, en otro tiempo terror de los enemigos de su pueblo y asombro del mundo por sus altos hechos, permanecer encadenado á una pasión deplorable y perder el tiempo en pueriles locuras en casa de Dálila. La misma impresión nos produce la fábula de Hércules al servicio de la reina Onfala. No podemos dejar de irritarnos contra aquel héroe en traje mujeril, armado de una rueca y viviendo en medio de mujeres. Tal caída, después de vida semejante, nos parece que es todo lo que se puede soñar de más infamante en un hombre. Cuando un niño grande como Heliogábalo considera negocio de Estado y de la más alta importancia la orden de llevarle todas las telas de araña

de Roma para examinarlas con la diligencia y atención de un estadista; ⁽¹⁾ cuando un medio loco como Domiciano se complace en cazar moscas, ⁽²⁾ no hay más que guardar silencio. Pero es ciertamente intolerable que un Galieno que tenía todas las prendas de un gran general, de un poeta y de un sabio, emplease sus talentos en acicalarse, en rizarse el cabello, y en comer bien en el momento en que amenazaba al Estado el mayor peligro; y ⁽³⁾ que, negligente para aprovecharse de la victoria que había alcanzado, abandonase al enemigo derrotado los más bellos países de sus Estados con esta maligna broma, de que «eran vestidos viejos buenos para tirarlos». ⁽⁴⁾ En pocas palabras, lo que irrita, según nuestra opinión, es la inacción de algunos á quienes no falta ni capacidad ni inteligencia, ó esa actividad mediocre, inoportuna, indigna de las cualidades del que la revela; en otros términos, el cobarde descanso en medio del camino que se debe recorrer, y la vuelta atrás después de un buen principio.

En este asunto, está perfectamente conforme con el nuestro el juicio de Dios. «Sé tus obras, dice, que ni eres frío ni caliente; ojalá fueras frío ó caliente; mas, porque eres tibio, que ni eres frío ni caliente, te comenzaré á vomitar de mi boca». ⁽⁵⁾ La naturaleza de Dios y su ser son actividad pura. Nada aproxima al hombre á Dios, su Creador, tanto como la actividad viviente, cuando está conforme con su naturaleza. ⁽⁶⁾ Nada le aleja tanto como la falta de uso de sus facultades, contentándose con darles cierta apariencia de actividad, ó empleándolas solamente á medias, ó de un modo que no responde á su naturaleza. Sin embargo, no puede ponerse en duda que, por su naturaleza, es peor que el bien hecho á medias el mal completo. Pero aquí no comparamos el mal y el bien imperfecto, sino sim-

(1) Lampridio, *Héliogabal*, 25.

(2) Suetonio, *Domit.*, 3.

(3) Trebelio, Polión, *Gallien*, 16.

(4) *Íd.*, 6.

(5) Apoc., III, 15, 16.

(6) Sto. Tomás, I, 2, q. 55, a. 2, ad 3.

plemente la actividad y la falta de actividad, ó más bien, la falta de conveniencia en la actividad del hombre. Mas sucede con frecuencia que también para el mal tiene necesidad de gran derroche de fuerzas.

De la misma manera que en todo mal se halla siempre contenido algún bien, que es desfigurado por la falta del hombre, ⁽¹⁾ así también, para ejecutar ese mal, se necesita cierta actividad humana mucho más poderosa que la reclamada para muchos bienes. Por lo cual, no escogió mal la frase el que dijo que tienen que atormentarse mucho más los malvados para ir por el camino de la perdición, que los buenos para ir por el de la perfección.

En sí la actividad es siempre buena; no está el mal en la actividad como tal, sino en servirse de la actividad con mal fin. Y en ese sentido se ha dicho que no está tan en contradicción con la naturaleza de Dios el cumplimiento mismo del mal, como esa medianía enfermiza que lleva en sí, es verdad, apariencias de vida y de actividad, pero que hace tan poco uso de las facultades del hombre, que sin resolución se dirige contra las cosas que son obstáculo para su verdadero destino. Una malicia no disfrazada tiene más verdad y por lo mismo vale más en sí que un absurdo falto de buen sentido, que se encubre tras la engañosa careta del bien. Un malvado tiene que dar pruebas de energía, aun cuando obre con mal fin. Por eso hay esperanza de que pueda emplear alguna vez su actividad para el bien. Pero es «inconstante en todos sus caminos» ⁽²⁾ el hombre que no tiene más que una mitad de hombre de corazón, ó una mitad de hombre de acción.

2. Con frecuencia es causa la medianía de que haya tan pocos hombres completos.—De esta manera, las palabras y los hechos nos dan toda la razón, cuando consideramos la medianía como motivo fundamental de la casi absoluta carencia de hombres completos. Los indecisos que no se atreven á dar el primer paso adelante, por lo

(1) Sto. Tomás, I, q. 48, a. 2, 3; I, 2, q. 79, a. 2.

(2) Santiago, I, 8.

que á ellos toca, están seguramente lejos del fin de la perfección humana; pero son los menos, y son tanto más capaces de recibir la verdad, cuanto que ya de antemano saben que no han dado el primer paso para llegar á ser hombres, y con mayor razón, hombres completos. Pero es muy considerable el número, por no decir que es la mayoría, de esos medios hombres que quedan satisfechos con una honesta medianía, afirmándolos en su indiferencia la particular circunstancia de encontrar por todas partes una colección muy rica entre sus semejantes. Dando entre tanto pruebas de un poco de actividad, bien que de actividad insuficiente, viven en buena opinión de sí mismos, y ahí está la razón de que con dificultad puedan ser objeto de mejoramiento serio. Sí, puede suceder muy bien que estén persuadidos de andar por buen camino, y de que han llegado al fin, cuando apenas si han hecho un esfuerzo serio para llegar.

3. Corazones dobles.—Como la peste, es contagiosa esa enfermedad del género humano que se llama medianía; se presenta bajo numerosas y variadas formas; nos ofrecen de ella el ínfimo grado aquellos de quien dice la Escritura: «¡Ay del que es de corazón doble, y del pecador que va sobre la tierra por dos caminos!»⁽¹⁾ Son los desgraciados que tienen la enojosa maña de vivir piadosamente con los piadosos, y de imitar á los perversos cuando se presenta la ocasión. Tienen siempre dos lenguas; según las necesidades, habla la una de Dios en términos magníficos, y se burla la otra de sus mandamientos y de sus servidores. Sus ojos están en movimiento continuo; y en un momento dado, adquieren increíble habilidad para descubrir lo que place y lo que es útil á los que les rodean. Por eso llevan siempre consigo un magnífico guardarropas, y cuando lo juzgan oportuno, saben cambiar de traje en un abrir y cerrar de ojos, vistiéndose de piel de cordero, de zorra ó de león. Esos hombres, se dice, parece que han nacido en los palacios de los grandes ó en los círculos diplomáticos; y se

(1) Eclesiástico, II, 14.

cree con tanta mayor facilidad, cuanto que muchas veces se les llama *diplomáticos*. Pero también se encuentran con profusión en las esferas inferiores. Aquí, ¡bendito sea Dios! gozan de menos consideraciones que en las esferas superiores; aquí, se les tiene en tan poca estima, que generalmente se les vuelve la espalda, hablándoles de este modo: «Nadie puede servir á dos señores, enemigos el uno del otro».⁽¹⁾ Nadie quiere tampoco saber de ellos. ¿Obran piadosamente? Se piensa entonces «que el que quiere hacerse amigo de este siglo se hace enemigo de Dios».⁽²⁾ ¿Siguen al mundo? El mundo no tiene confianza en ellos, porque penetra perfectamente su medianía. Y como no llevan el corazón abierto, ni para los unos ni para los otros, experimentan el desvío de todos, porque «no tendrá buen éxito el que entra en dos caminos».⁽³⁾

Aunque así sea, dejémoslos. Es un gran mérito para nuestra época haber hecho la vida tan amarga á semejantes hombres; parece que se va extinguiendo la raza, por lo menos en los círculos ordinarios.

4. Dos Señores.—Mucho más numerosos, aunque no mejores que los anteriores, son aquellos contra los cuales, en su celo ardiente, pronunciaba estas palabras el profeta: «¿Hasta cuando cojearéis de los dos pies?»⁽⁴⁾ Hay hombres que obran como los antiguos filisteos, cuando «colocaban el Arca de Dios en el templo de Dagón, junto á Dagón».⁽⁵⁾ Los hay que se proponen lo imposible, «unir la luz con las tinieblas».⁽⁶⁾ No caen éstos en el defecto de falta de sinceridad como los primeros, que se rebelan con pleno conocimiento de causa; parece que quisieran dar á cada uno todo su corazón, como si tuvieran muchos, ó más bien, engañan á todos, haciendo creer que pertenecen á cada uno. ¡No! No obran así. Quieren amar y servir sólo

(1) S. Mateo, VI, 24.

(2) Santiago, IV, 4.

(3) Eclesiástico, III, 28.

(4) III Reyes, XVIII, 21.

(5) I Reyes, V, 2.

(6) II Cor., VI, 14.

con un corazón, pero desean que se lo repartan muchos dueños. Ya se inclinan á uno, ya á otro, sin entregarse completamente ni al uno ni al otro. No son engañadores como los primeros, sino bobos; se engañan á sí mismos, porque, en realidad, no sirven á nadie; en el fondo, quieren guardarse el corazón.

Decía un antiguo proverbio italiano: «Si no quieres amo, ten dos». Esta máxima puede tener resultados varios en la vida social; pero no sucede lo mismo en la vida espiritual, en que, cuanto mayor es la prudencia con que quieren obrar, tanto mayor es el castigo que sufren. ¿No pudiera suceder que la tentativa que hacen para colocar su corazón en dos dominios que se excluyen mutuamente, sirviera sólo para destrozar el corazón? Se ven obligados á dividir su interior, y «esa división, tiene que llevarlos á la ruina», ⁽¹⁾ porque «perecerá todo reino dividido contra sí mismo». ⁽²⁾ Así como con las débiles fuerzas de que dispone el hombre, se acomoda difícilmente á dos dueños, del mismo modo, con dificultad podrán dos dueños repartirse un reino tan pequeño, el reino de su corazón; es poco ancha esa cama para que puedan descansar los dos en ella: tiene que caer uno de los dos. «Es tan estrecha manta, que no puede cubrir á dos personas». ⁽³⁾

El día anterior á la gran derrota, propuso Darío á Alejandro la amistosa repartición del mundo, y contestó Alejandro que «así como el mundo no podría soportar los rayos de dos soles, tampoco podría soportar la tierra dos reyes á la vez. En consecuencia, le dijo, sométete ó prepárate para el combate de mañana». ⁽⁴⁾ ¿Qué hubiera respondido, si le hubiera propuesto vivir en buena armonía con un asociado al trono en un reino tan pequeño como el reino de nuestro corazón? No quiere un hombre repartirse el reino con otro hombre; ¿y estará Dios satisfecho si

(1) Oseas, X, 2.

(2) S. Mateo, XII, 25.

(3) Isaías, XXVIII, 20.

(4) S. Justino, 11-12.

entre él y las criaturas dividimos nuestro corazón tan estrecho, y nuestro amor tan débil? ¡Imposible! Según un antiguo proverbio de exactitud admirable, hay dos cosas que no admiten partición: el dominio y el amor.

5. El reino de Dios y su justicia.—Está claro que no puede evitar la censura de medianía ante Dios y ante los hombres quien no da su corazón á un sólo dueño con exclusión del otro. Cuál sea ese dueño, lo sabemos. Es precisamente el que no tiene necesidad de servicio alguno para sí, y que hace que cedan en provecho nuestro todos los servicios que le prestamos. ⁽¹⁾ Es Aquél cuyos obsequios nos hacen á nosotros felices y perfectos. Es Aquél sin cuyo servicio nos es imposible llegar á la perfección. Pero difícilmente puede creerse que á ciencia y paciencia pueda alguien poner ante sus ojos otro fin que la adquisición de la propia perfección.

Por otra parte, si no puede alcanzarse esa perfección, sino sirviendo á Dios, se deduce que sólo se esfuerza por llegar á la perfección el que seriamente y de todo corazón se entrega al servicio de sólo Dios. Quien escoge sólo á Dios por dueño, jamás evitará la censura de medianía ante el tribunal de la razón. No es más que medio hombre el que busca algo fuera de Dios: es medio hombre el que no sirve á Dios con todo su corazón; medio hombre el que no pone como fundamento de su vida la regla evangélica: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia». ⁽²⁾

Si prescindimos de los que se han hecho completamente infieles á su vocación, no habrá quien se oponga á este principio, confirmado por la voz de la naturaleza y de la razón. Sin embargo, mucho me temo que más de uno de los que aplauden esta doctrina, se halle en el centro de las filas de hombres mediocres. Quizá mis censuras tengan acritud, lo reconozco, pero no puedo ir contra la verdad; y me dice la verdad que, bajo este concepto, hay gran número de hombres á medias. Buscan, es verdad, el reino de

(1) Véase más arriba, Conf. VIII, 7.

(2) S. Mateo, VI, 33.

Dios, ¿pero buscan también su justicia? ¿No hay para creer que la temen y la evitan? Á todos gusta la humildad; pero ¿cuántos están dispuestos á sufrir humillaciones? No hay nadie, ni aun los impuros, que no pueda amar ni estimar la castidad; pero ¿quieren ser todos puros y castos? Todos alaban la modestia, pero se huye del recato. ¿No es inconcebible medianía? Todos con gusto comprarían el reino de Dios, pero asusta su justicia. ¿Qué es la justicia? Es la virtud que constantemente da á cada uno lo suyo. La justicia del reino de Dios consiste en que demos á Dios todo lo que le corresponde: el hombre completo, con todas sus facultades y con todas las operaciones de sus facultades, y esto por siempre. Á carencia absoluta de justicia equivale la justicia que no es sincera, que es débil ó que no es sino una mitad de justicia, y esto á los ojos de Dios, ⁽¹⁾ que no quiere partir su gloria con las criaturas. Á sus ojos, es lo mismo buscarle con medios no proporcionados, que querer participar de sus favores sin hacer uso de los medios necesarios para obtenerlo. Y con razón; porque lo mismo le es que quiera yo llegar á Él sin emplear los medios necesarios ó que me sirva de medios insuficientes. En los dos casos hay medianía deplorable.

6. Interior y exterior.—Sí, hay muchos que emplean medios con los que creen llegar á conseguir su fin, siendo completamente insuficientes tales medios.

Se encuentra particularmente este funesto error en la conducta de los que aparentan creer que basta con querer relegar exclusivamente á lo interior la justicia de Dios. Con intento especial hablamos solamente de esta medianía. No negamos que hay otra especie opuesta á ella: es la medianía que cree que basta servir á Dios con los labios, mientras que «están lejos de Él sus corazones», ⁽²⁾ que habla solamente de la virtud y del placer en las obras puramente exteriores; es esa santidad de las obras que, contentándose con una envoltura muerta, posee en grado

(1) Isaías, XLII, 8.

(2) S. Mateo, XV, 8.

muy débil el espíritu vivificador que exigen la razón y el Evangelio, haciéndolo pasar á las obras insensiblemente, si vale la frase. Pero de tal modo va contra la naturaleza, es tan degradante esa medianía, que, por honor á la naturaleza humana, apenas si creemos que se pueda caer en ella por debilidad ó inadvertencia. Además, es más rara en el mundo de lo que piensan los que tienen siempre en la boca censuras contra la exterioridad y contra la apariencia de santidad, cuando se encuentran con una piedad viva y activa. Pero el error contrario, está muy extendido.

Añadiremos que de buena fe pueden creer algunos que basta la virtud interior, aunque no se manifieste exteriormente. Con muchísima frecuencia se debe tal error únicamente al puro respeto humano. Para substraerse á las burlas de hombres insensatos, se persuaden muchos de que no es necesario que reciba la Religión formas visibles. No negaremos que, en efecto, hay apariencias de razones que pueden causar ó producir este error. También enseñamos nosotros que se atiende menos á la acción que á la intención de que procede la acción: que lo que da á la acción la importancia que tiene no es la apariencia exterior, sino la intención interior. Entonces, dirá alguno, ¿para qué el culto exterior?

¿Tenemos necesidad de una Religión sensible? ¿No basta la vida honrada? Ruego á Dios desde el fondo de mi corazón, ¿es necesario que junte las manos? ¿Para qué esos edificios de piedra que se llaman iglesias? ¿Para qué todo su ceremonial? ¿Hemos de creer, como los paganos, que tiene Dios necesidad de dones exteriores? ¿Para qué un ejercicio activo, cuando nuestro valor interior nos lo da sólo el corazón? ¿Es que no dijo ya el mismo Maestro: «El Padre quiere adoradores que le adoren en espíritu?» ⁽¹⁾

Así hablan muchos, y con la mejor buena fe del mundo; pero se alucinan, no menos que los que se contentan con una vida puramente exterior. Están acordes estas dos ca-

(1) S. Juan, IV, 23.